

El Baluarte

HERMERO DE ALMERÍA
SOFIA MORENO
ALMERÍA

POR

CONSUEGRA Y ALMERÍA

11 DE SEPTIEMBRE DE 1891

NÚM. 213.

Sevilla — Domingo 27 de Septiembre de 1891

AÑO XV.

Los ingresos de este número se destinan al socorro de los inundados.

PRECIO: el que la caridad de cada uno quiera dar.

EL BALUARTE

POR CONSUEGRA Y ALMERÍA

La Redacción de EL BALUARTE no ha querido suscribirse al movimiento general que agita á España en los presentes momentos en beneficio de los pueblos inundados, que hoy vacen víctimas del mayor

de los infortunios, y poniendo de su parte cuanto puede, é intercediendo para con sus amigos, ha confeccionado el presente número con la cooperación de cuantos han querido contribuir á la buena obra.

Dentro de nuestra modesta esfera pudiéramos haberlo hecho aisladamente, pero insinuaciones y desprendimientos de amigos cariñosos, que por otra parte encajaban perfectamente con nuestro modo de pensar, nos obligan á hacerlo en colectividad, con el fin de que, por los esfuerzos de todos, no quede en nuestra noble España rincón por oscuro, ni lugar por olvidado, donde no llegue la Caridad implorando una limosna.

EL BALUARTE se congratula de que á su llamamiento hayan acudido solícitos los ilustrados escritores que hoy le honran con sus firmas y valimiento, trayendo al acervo común de la Caridad, con el esfuerzo particular de sus autoridades.

Como nuestro llamamiento ha sido espontáneo, y espontáneamente han acudido los que con nuestro pensamiento han simpatizado, no hemos de deplorar ausencias....

La Caridad ha de ejercitarse por el mero hecho de su noble fin, y sin vanas y oficio-

sas palabrerías, en donde todo es superficial.

Cuantos han contribuido y cuantos contribuyan á nuestra obra tengan por recibido nuestro mayor agradecimiento y consideración, y estén en la completa seguridad de que la suma que podamos reunir llegará á manos de los que han sido víctimas de las recientes catástrofes, que á todos nos apesadumbran por su inmensidad.

El presente número, pues, sale á luz y se pone á la venta por el precio que quieran dar, y el total de todo será remitido directamente á su destino.

LA REDACCIÓN.

Consolar al triste

(ROMANCE)

No siempre madre amorosa
Eres tú, naturaleza;
Que eres también enemiga
Tan implacable y tan fiera,
Que desconocer parecés
Á la raza que sustentas,
Y por ciudades y campos
El exterminio le llevas,
Ya incendiando los volcanes,
Ya conmoviendo la tierra;
Ya las aguas de los ríos
Desbordando turbulentas,
Y atrayendo tempestades
Sobre comarcas risueñas,
Donde, al sosegar tus iras,
Mortales vestigios dejas.

Hoy, un pueblo desdichado
Fué de tus furioses presas;
Con el torrente lo inundas,
Lo arrasas con la tormenta,
Y el agua que crece y crece
Con devastadora fuerza,
Arrolla en su fiero empuje
Las víctimas indefensas;
Los arrancados hogares
Que inertes cuerpos albergan,
Y cual naves de la muerte
Sobre las aguas se alejan....
Gritos de dolor y espanto
Se escuchan en las tinieblas;
Madres que á sus hijos llaman,
Hijos que las hallan muertas....

¡Noche infeliz! ¡noche triste!
¡Nunca soñada tragedia
Que en llanto anubla los ojos
Y el alma en piadosa pena!
Su furia sació la nube;
Huye la noche funesta;
Pálida luce la aurora,
Pálida por la tristeza,
Que donde ayer vió la vida
Estrago y muerte contempla;
Que los campos son de cieno
Y escombros son las viviendas;
Y sus tristes moradores
Espectros son que se quejan
De los rigores del cielo,
De su desventura inmensa.

No temáis, pobres hermanos,

Que vuestro clamor se pierda,
Que sobre humano egoísmo
Humana piedad se eleve,
Y la caridad del mundo,
Rica en amor y en ofrendas,
Os dará nuevos hogares
Y os dará familia nueva.

¡Damas que al cielo debísteis
La fortuna lisonjera
Y las maternales fibras
Al sentimiento despiertas;
Arrancad del seno el broche,
Del cabello la diadema,
Que hoy, la caridad bendita
Es vuestra mejor presea.
Dad las deslumbrantes joyas
Como la Isabel egregia,
Si no para hallar un mundo,
También para noble empresa.
Y dar á su pan el pobre,
Y el poderoso riquezas;
El artista sus creaciones
Y todos su inteligencia,
Para hacer menos amargas
La desdicha y la miseria:
Que es consolador y hermoso
Ver que entre los hombres reina,
Remedio de sus errores
Vede sus rudas contiendas,

La fraternidad sublime
Que vence á la suerte adversa,
Y agrupa á extrañas naciones
Bajo una sola bandera.
Cumple, caridad divina,
Tu misión, que amor ordena;
En la común sepultura
Que las víctimas encierra,
Vierte lágrimas y flores
De justo recuerdo emblema;
Edifica con el oro,
Con la palabra consuela,
Y sobre tantas ruinas
Extiende las alas bellas,
Como el iris de bonanza
Que luce tras la tormenta!

MERCEDES DE VELILLA.

Sevilla y Septiembre, 1891.

¡Unión para la caridad!

¡Es tan dulce, tan consolador el enjugar las lágrimas de un desgraciado!... ¡No hay acción humana que deje al corazón más satisfecho!

Ante el gran infortunio que tenemos á la vista son necesarios extraordinarios esfuerzos. ¡Si supiéramos que nuestra modesta ofrenda arrebatada de las garras de la muerte á un infeliz, que vestía la desnudez de algunas de esas criaturas huérfanas y lastimadas, hambrientas, yertas de frío, sin más amparo que el de Dios y el de la caridad... ¡dudáramos un instante en dar lo que nos fuera más necesario, hasta aquel pan que estuviéramos próximos á llevar á nuestra boca?

Ciertamente que nadie vacilaría. Pero la catástrofe ha sido horrible, la desgracia es inmensa, las necesidades infinitas. ¿Qué pueden contra

tantas desdichas nuestros esfuerzos aislados? Gotas de agua purísima, que se perderían en el mar de la desventura sin lograr el apetecido beneficio. La voluntad sobra, pero los medios faltan.

Siempre quisiera el hombre que alcanzaran sus fuerzas hasta donde llegan sus deseos; y tal vez en este pensamiento se condensa toda la historia en la eterna aspiración de la humanidad, ansiosa de extender su esfera de acción infinitamente, de establecer su imperio sobre la Naturaleza, venciendo cuantos obstáculos se oponen al poder de su inteligencia. Pero se llega á lo imposible.

Si en el caso presente, cuando nos sobrecoge una desgracia, cuyo solo relato llena de angustia los corazones, llegaran las fuerzas has-

ta donde se extienden los deseos, hasta donde abarca el sentimiento, bien pronto quedarían enjugadas tantas lágrimas... mas nos agitamos todos en la estrecha cárcel de la falta de recursos suficientes. Hay buena voluntad, pero faltan los medios.

¿Y hemos de renunciar por eso á hacer el bien? ¿Hemos de abandonar en la miseria á nuestros hermanos? ¿Hemos de acompañar con estériles lamentos los ayes de tantos desgraciados? No.

Lo que el esfuerzo de uno solo no alcanza lo consiguen las voluntades de muchos; la unión es la fuerza; querer es poder.

Unámonos, trabajemos y contribuyamos todos con verdadera fe, sin considerar la cuantía ó entidad del donativo. De infinitos granos de arena menuda se formará una montaña que oponer al torrente de la desgracia. Los ejemplos están á la vista y son elocuentes. Unidos en un solo pensamiento los andaluces habrán contribuido á salvar á sus hermanos, que sufren los dolores producidos por la muerte, la desolación y la ruina.

JOSÉ M.^a ASENSIO.

Pensamiento

Yo nada puedo decir
Porque no me sé expresar;
Que ante tan arduo sufrir,
Siento impulsos de reír
Harto de tanto llorar.

JOSÉ M.^a FORNELLS.

Mi ofrenda

¿Qué voy á dar? No sé, ni hallo primores
Que expresen toda la emoción que siento;
Mas por esta Nación del sentimiento,
Del amor, de la luz y de las flores,
Se puede dar hasta el postrer aliento.
¡Oh, cuadro singular! Cuando la gente
Sufre irritante comezón de guerra
Y con insana convulsión aferra
El arma de implacable combatiente,
De un rincón de mi tierra
Álzase lastimero
Grito angustioso, que difunde espanto,
Y el furioso guerrero
Redúcese á Quijote, que, sublime,
Tiende la mano al huérfano que gime,
Sintiendo el rostro humedecido en llanto....
¡Guárdese la memoria
De esta insigne victoria
De la piedad, entre el guerrero estruendol
Y que descifren doctos pensadores
Por qué razón, oyendo,
A pesar de los bélicos rumores,
El ¡ay! doliente de la Patria mía,
El odio de los hombres parecía
Que súbito se fué desvaneciendo
Y súbito moría
Ante el amor universal cayendo.
Y tú, infeliz región, jamás olvides
Esa hazaña gloriosa,
¡Esa es la caridad! ¡Esas sus lides!...
Ella renovará, dulces, siaves,
Cuando sonría tu campiña hermosa,
Los líbricos abrazos de las vides,
El bullicioso idilio de las aves
Y el deliquio amoroso de la rosa.
Sobre tus campanarios, hoy en ruinas,
De tu nueva casita en los aleros,
Sus coloquios de notas argentinas
Volverán á entablar las golondrinas,
Celosas del trinar de los jilgueros.
La vida, la alegría,
El aire bienhechor de la esperanza,
Henchido de piedad, sopla y avanza
Para volver endecha la elegía.
¡Ay! no te puedo dar lo que querría....
¡Esta es mi donación! Toda cariño:
Llanto de viejo y emoción de niño,
Ofrenda pobre, como ofrenda mía.

A. LUNA.

La eterna luz del mundo

La adversidad temple el espíritu
De grandes pueblos. Por eso en
catástrofes, como las
de Consuegra y Almería, se despierta
enérgico y viril en nuestra Patria ese
tiernísimo y sublime sentimiento que
llamamos la Caridad, cuyos plácidos
triumfos valen más que las victorias
alcanzadas por los héroes en todos
los siglos.

Genesis del Evangelio, la Caridad
es la lumbre de la vida. Yo la colubro
cerniéndose con las alas de
un ángel en medio de la tempestad
social, y la proclamo, allá en mis idea-
les, como el elemento que hará sur-
gir del seno mismo de la podredum-
bre que ahoga al siglo un mundo nue-
vo, basado en el comunismo del amor
y en las leyes de la conciencia.

FERNANDO DE ANTÓN.

La Caridad

Doliente, desesperada,
Camina la humanidad,
De la augusta Caridad
Con el escudo amparada.
¿Quién hiciera la jornada
Por el mundo borrascoso,
Sin el auxilio precioso
De tan excelsa virtud,
Que da al enfermo salud,
Y al muerto paz y reposo?

Iguala al linaje humano
De la Caridad la ley,
Que al mendigo como al rey
Tiende piadosa la mano.
El espíritu cristiano
La infunde aliento y vigor;
Palpita en ella el valor
Del mártir en el suplicio:
Caridad es sacrificio,
Más que sacrificio, amor.

Torpe y ciego el paganismo
Tal virtud no conocía,
Y altar inmundado erigía
Á su Dios, el egoísmo.
En negro y profundo abismo
Se ocultaba la verdad;
La mísera humanidad
Lloraba su desventura:
¡El pensamiento en clausura,
Esclava la libertad!

Súbito allá en Galilea
Luz extraña resplandece;
Sobre la tierra aparece
El Dios que los mundos crea.
No en el monte centellea,
Ni de rayos se corona;
Que la redención abona
Humilde con su tormento,
Y en el Gólgota sangriento
Espira, y ama, y perdona.

¿Por qué sufrió en Palestina
Persecución y dolores?
¿Por qué los crudos rigores
Que suscitó su doctrina?
¿Por qué su sangre divina
Vertió con alma serena?
Por extinguir la condena
De humana raza proscrita,
Por la Caridad bendita,
Que abarca el orbe y lo llena.

Por ella el negro capuz
La conciencia ha sacudido,
Y á la noche ha sucedido
Del sol la radiante luz.
Por Caridad en la Cruz
Dios rompe el yugo tirano;
No es obra del sér humano
Joya de tanto valor:
Pudo soñarla el amor,
Hacerla un Dios soberano.

¡Caridad! por tí destierra
El soberbio injusta saña,
Y ya eres Jordán que baña
Y purifica la tierra.
Calla el furor de la guerra,
De siervo bórrese el nombre,
Y aunque tu victoria asombre,
Por tu amor y por tu ejemplo,
El mundo es un solo templo,
Y humano sér es el hombre.

Mirada: con su pie breve
Cruza de una á la otra zona;
Va en silencio, no pregona
La compasión que la mueve.
Ciñendo túnica leve,
Vuela al campo de batalla;
No viste cota ni malla,
Y el fuego no la amedrenta;
Que el alma, que en Dios alienta,
Es invencible muralla.

Espíritu noble y fuerte,
La propia existencia olvida;
La da por ajena vida,
Combatiendo con la muerte.
El sacrificio no advierte,
Y á solas con los dolores,
No publica sus favores;
¡Caridad es tan casta,
Que para empañarla basta
El sol con sus resplandores.

Caridad, que para ser
Más sublime todavía,
Por trono escogiste un día
El alma de una mujer,
Debiste al cielo el nacer,
Y, aunque por él con anhelo
Suspires desde este suelo,
Nunca te vayas de aquí,
Oh Caridad, que hay por tí
En la tierra algo del cielo.

FRANCISCO RUIZ ESTÉVEZ.

Gran error

¡Dios nos olvida!
Hay que creerlo así en presencia
de las horribles catástrofes que han
venido á sembrar el luto y la desola-
ción en comarcas feraces y risueñas.

Fenómenos geológicos, conmo-
ciones terribles de la Naturaleza, suce-
sos extraños que llevan en sí toda la
perversión de la crueldad y toda la
magnificencia del espanto, han con-
vertido las regiones de nuestra Patria
en caos de miserias, en abismos de
desdichas, en mares de llanto.

Hay que creer en la Grandeza
Soberana, aunque esta creencia nos
llene de pavor. ¡Sólo el que hace los
mundos puede deshacerlos!...

No hay nada más atrevido que el
pensamiento, y él me lleva en ese
instante solemne, en que avaloro lo
tremendo en toda su espantable rea-
lidad, á creer hasta que la misma
Magnificencia tiene sus errores.

Si no los tuviera, no tendríamos
que llorar hoy sobre ese montón de
escombros que señalan que allí hubo
un pueblo feliz, que honraba á la hu-
manidad santificándola con el trabajo
y el amor, y alababa á Dios elevando
sus preces hasta el cielo.

Las víctimas tenían en el hogar el

sagrario de sus afectos, y en el tem-
plo el sacrario de su Dios.

En el hogar, los altares del cariño
demandaban las ofrendas de la mate-
ria: sobre el ara de la familia, el hom-
bre dió cuanto pudo, liquidando allí
sus fuerzas en cumplimiento de sus
obligaciones.

En el templo, los altares de las
creencias demandaban las ofrendas
del espíritu: sobre el ara de la Reli-
gión, ese pan de las almas, depositó
también sus oraciones rindiendo aca-
tamiento y veneración á la Sabiduría
Suprema....

En noche horrible, cuando el hom-
bre, después de alabar á Dios y de
honrar á la humanidad, rendido por
el cansancio y la fatiga se entregaba
á los efímeros goces de una soñada
felicidad, entre las caricias de la ma-
dre amante y los inefables besos de
los hijos queridos, el cielo se cubre
de nubes amenazantes, fórjase el ra-
yo en las etéreas entrañas de las som-
bras, desgájase el torrente con terri-
ble fragor, y encendiendo la tempestad
sus estrellas de relámpagos, y
mostrando la noche sus negruras más
densas, allá corren en montón infor-
me el templo y el hogar, los sagra-
rios del alma y del espíritu, revueltos
entre el lodo del infortunio por los ba-
rrizales de la tierra....

Ni las imprecaciones del hombre
en el instante supremo de asomarse
á los abismos de la otra vida, ni el
quejumbroso llanto de la madre infe-
liz, ni la oración del creyente.... ¡na-
da logra sujetar la Augusta Cólera!
Lo que ayer fué Paraíso de dichas,
hoy es Infierno de amarguras....

Pero la Magnificencia tiene sus
errores, y contra ella se revuelve el
espíritu humano mostrándole que so-
mos dignos hijos de la Humanidad.

Ella enarbola el lábaro sagrado
que lleva inscrito el nombre de ¡CA-
RIDAD!, y el que quedó desnudo será
vestido, y el que vió derrumbarse su
hogar, de nuevo lo verá alzarse so-
bre las ruinas....

Pero el hijo que quedó sin madre
y la madre que quedó sin hijo....

¡Ah.... pues ese es el gran error!
Ni toda la cólera divina, ni todas
las desdichas terrenas podrán arran-
car del alma de la Humanidad este fue-
go sacrosanto que nos hace adorar
sin ver lo que amamos, lo que nos
dió vida....

Mientras nuestro planeta no se
desgaje de los orbes hechos mil pe-
dazos, en tanto quede sobre la haz de
la tierra un hombre, el sentimiento
humano tendrá que existir, y á la voz
de la Caridad, si no resucitan los
muertos, resucita otra cosa más gran-
de: ¡ese Poder Infinito que hace los
mundos y los deshace, y que, por
misteriosa evolución, lo que hoy des-
truye, mañana lo levanta, y eterna-
mente hará que el mundo exista!

J. RODRIGUEZ LA ORDEN.

Caridad

Ante ese cuadro fatal
Que la vista nos ofrece,
Una figura aparece
Con resplandor celestial.

Tras de esa efigie bendita,
Que nos sirve de consuelo,
El alma se eleva al cielo
Y á vivir más nos invita.

Figura que haciendo bien
Va de la desgracia en pos,
Figura que formó Dios
Para ser nuestro sostén.

Lazo santo y cariñoso
Que en todo recinto mora:
Sombra humilde y bienhechora
Que nos ayuda al reposo.

Figura á que en realidad
Debemos veneración;
Porque en más de una ocasión
Nos salva.... ¡LA CARIDAD!

Sevilla, 1891.

RAFAEL DE AGUAYO.

La realidad de un sueño...

I

El cansancio había enervado mis fuerzas; la
fatiga postrado mis miembros; cesaba el ruido,
huía la luz, y allá.... en lontananza.... por entre-
cortadas y blanquecinas nubes, figuraba como
sumergirse el sol, esparciendo una lluvia de bril-
lantes sobre el delicado matiz de las flores dé-
bilmente iluminadas por la blanca y trémula lu-
na, que rielando tranquilamente por las azules
ondas del lago, venía á alentar de vida y de dul-
zura una noche serena, de sosiego, de amor y
de poesía.

Insensiblemente, como un éxtasis, como á
impulso desconocido, abandoné la vida de la
materia para vivir la vida del espíritu, y enton-
ces ví que en la tierra, sin dejar de ser tierra,
puede haber un cielo.

¡Qué hermoso contemplar la naturaleza pró-
digamente vivificada, con deslumbrantes res-
plandores de belleza, poblada de serafines y de
ángeles, llena de grandiosos monumentos, don-
de todo es orden y arte, majestad y delicadeza;
respirando hábito divino que transforma, esencia
de amor que da vida, fragante perfume que
transciende y purifica, diciendo.... aquí.... en lo
grande, en lo misterioso, en lo incognoscible....
está tu Dios.

¡Qué bello cuadro éste, aun presentado en
los mudables y fantasmagóricos delirios de la
mente!

¡Qué hermoso cuadro éste, si el alma influ-
yendo más directamente en el sér moral, á cada
instante pusiera en contacto los sentidos con
los efluvios de ese mundo ignoto é intangible,
encanto del corazón, sueño constante del poeta!

¡Qué hermoso cuadro éste, si en el orden
real vinieran á compenetrarse la materia y el es-
píritu!

Así reflexionaba, y en tanto.... sentíame trans-
portado á misteriosas regiones bullían en mi ce-
rebro innumerables ideas; mi sér se agitaba
convulsivo; la imaginación febrilmente asaltada
por ilusiones fantásticas; mi corazón herido no
latía; el espíritu, aguijoneando las sensaciones
mortificantes del cerebro, se gozaba en los hor-
ribles delirios de esta visión; todo era sufrim-
iento, todo martirio, todo confusión.

De pronto densas tinieblas cubrieron mis
ojos....

Lancé un gemido triste y prolongado.... y
caí en la inercia más completa, totalmente des-
fallecido....

¡Era el doloroso prólogo de un cuadro trá-
gico!...

II

Yo ví la tierra ornada con belleza ilusoria;
gocé un momento; por un instante el placer
inundó mis sentidos; el contraste no tardó en
presentarse, y entonces.... se reprodujo la tierra
con todas las amarguras de la realidad: sin fic-
ción que arrebatara, sin la hermosura que trastor-
na, sin elementos de vida, con el horror de un
fantasma que aterra; porque los delirios de la
mente se suceden y pasan como los cristales
alegóricos de la linterna mágica, que en tanto
producen mayor impresión cuanto más variados
y repulsivos sean, á la manera de los maravillo-
sos é inexplicables pasajes de la griega mitolo-
gía.

Yo ví mi espíritu exaltado vagar de un lado
á otro envuelto en una sombra, sombra siniestra
que me hizo estremecer, sombra que parecía
presagio funesto de funestas desventuras, som-
bra que, con todos sus incentivos de miedo
y repugnancia, representaba, no el choque de
los espíritus en las etéreas y celestes latitudes,
sino el choque de las fuerzas físicas que había
de reducir el mundo á una horrible y penosa des-
solación.

¿Eran éstas las dudas de mi mente?
¿Eran éstos los pensamientos que en confuso
desorden trastornaban mi cerebro?

¿Acaso en ellos estaba el arraigo de mi deli-
rio?

¿Sería un espectáculo de tal suerte el anun-
ciado en aquel éxtasis?
Continuaba el sopor.

Súbitamente el relámpago plateó con su ful-
gor lívido y momentáneo las negras ondas del

mar á mi vista extendidas, rugiendo siniestras y amenazadoras, azotando sin piedad las graníticas rocas, levantándose en montes de espuma como una tempestad que se desencadena soberbia y poderosa.

Nuevo relámpago y nuevo cuadro horrible y fragoroso.

Una mancha blanca se dibuja en las negruras de aquellos insondables abismos de revueltas trombas con estrepitosos truenos y fulgurantes luces; mancha que era el oasis de la vida en el desierto de la muerte, mancha que representaba la población sorprendida, en la tranquilidad indefensa del sueño, población con centenares de casitas, con otros tantos centenares de amorosos nidos, donde el padre, el hijo, el amante, el esposo, rendido por los excesos del trabajo á las caricias del amor, descansaban satisfechos, como perla que va buscando su concha, en el seno de hermosa compañera ó en el regazo de una tierna madre.

¡Olas del mar verdad que sois amargas!
¡Rayos de las nubes verdad que sois terribles!

¡Silbidos de un huracán verdad que sois espantosos!

¡Tinieblas de la noche verdad que sois sombrías!

Pero más sombrío, más espantoso, más terrible y más amargo, es esto...

¡Entrad y asustáos!!

Crujen los techos, se desmoronan los muros, se inunda la casa, la familia infeliz perece... Todo lo arrastra la corriente, y suenan quejumbrosos ayes, y se oyen exclamaciones de socorro, y las aguas se tiñen de sangre, y allá... luchando con el ímpetu de las aguas, ya en los estertores de la agonía, sostiene una madre entre sus brazos al hijo de su alma, que desfallece por momentos; y desaparece este inocente, y ella, frenética, medio muerta, loca, besa con delirio una reliquia que le dejó la despiadada corriente... es un brazo del hijo de sus entrañas...

Aquí... sangre, mucha sangre, muerte, mucha muerte; arrastrados, exánimes y desangrados flotan diez cadáveres, dos abrazados en el supremo instante de la muerte, venida en el supremo instante de alegría; porque aquellos dos cuerpos, menos dichosos que Tetis y Peleo, habían realizado su boda en tan infausta hora, y allí... luchando, muriendo, se ve sin salvación el padre, sin socorro el hijo, sin esperanza el amigo; y crece el estrépito, y la tempestad aumenta, y la muerte bulle y se acrecienta, y de todos lados surgen cadáveres ensangrentados, desdichados que se ahogan, casas que se derrumban; y oigo un trueno ensordecedor, y un relámpago fugaz se agita en el negro firmamento, y dando un grito caigo de rodillas...

¡Dios mío!!

Abrí mis ojos y una figura harapienta, demacrada, temblando de frío, alargaba su descarnada mano...

Una hermosa mujer, blanca y candorosa, con la tristeza de la compasión, depositaba el oro reluciente en aquella débil y yerta mano, en tanto que con su brazo estrechaba contra el corazón aquel cuasi esqueleto, que con lágrimas silenciosas de amargura iba desfalleciendo poco á poco...

En la frente de una se leía: ¡Misericordia! En la otra: ¡Caridad!

Se encontraron y fundieron en un abrazo todos los sentimientos y todos los dolores.

III

Sí... era un sueño y desperté; vestíme apriesa, todavía aletargado, todavía bajo la penosa impresión de pesadilla tan horrible...

Me ahogaba; busqué aire que respirar... salté á la calle...

Gracias, Señor... ya respiro...

Era un sueño, sí... ¡Qué sueño más horrible!

Pero allí hay mucha gente... allí... en la calle de las Serpentes.

Voy... voy á ver, aunque flaquean mis piernas...

¡Un parte!... ¿qué dice ese parte?... ¿qué dice ese telegrama?

Me aproximaré...

«Horroroso temporal. Pueblo Consuegra inundado. Mil quinientas víctimas»

¡Horror!... ¡Piedad, Dios mío!... ¡Caridad, pueblo español!...

¡Mi sueño fué una espantosa realidad!!

J. MARCIAL DORADO.

Sevilla 24 de Septiembre de 1891.

Espectáculo grandioso
Es el que realiza España,
Llevando á los inundados
Pan amasado con lágrimas.
Pueblo que tan hondo siente
Ante el mundo se realza,
Y hace olvidar las miserias
De la condición humana.
Si blasfemo, perdonadme:
Pero al ver caridad tanta,
Y al medir los sentimientos
Generosos de mi Patria,
Bendigo, al par que deploro,
La catástrofe que es causa
De esta caridad sublime
Que tanto ennoblece al alma.

MANUEL MERA.

27 de Septiembre.

Fantasia del dolor

Hay una idea que siempre asalta nuestro espíritu con las heridas punzadoras de la duda en los instantes éstos de los trastornos de la tierra, llevando á la conciencia, en la más cruel de las angustias, la más dulcisima de las satisfacciones, y es ver alzarse en el fondo sombrío de las catástrofes, en el obscurísimo horizonte de la desolación, la miseria y la muerte, la luz grandiosa que reparte la limosna, la tranquilidad y los consuelos; la luz grandiosa de la bendita caridad cristiana. Cuando el Ángel del Mal, como visión tremenda, esparce por el mundo los horrores; cuando el espíritu se abisma en las crueles y negras reflexiones del pesimismo y del dolor, nada tan grande y tan sublime como la santa imagen del Ángel de la Misericordia recordando á los hombres la esperanza al exclamar con la palabra bíblica: *Sursum corda!* ¡Elevad los corazones!

Es indudable: los supremos instantes de lo creado, los instantes supremos de la naturaleza, los supremos trastornos y las catástrofes supremas nos recuerdan, con las sublimidades de las eternas enseñanzas, la pequeñez del hombre y la grandeza humana al mismo tiempo. Al ver hundirse en las obscuridades tenebrosas del abismo las tierras y los pueblos; al escuchar los ayes moribundos de un gran pedazo de la humanidad que sucumbe; al contemplar el tremendo espectáculo de aquel apocalipsis espantoso, surge de nuestro espíritu la reflexión de nuestra nada, acompañada del sentimiento, del dolor y de la desesperación de la impotencia; pero al mirar alzarse la voz de protección por donde quiera; al oír sonar, con los acentos de lo infinito, de redención la mágica palabra; al vez surgir sobre aquellas ruinas tierras y pueblos y humanidad viviente, acude á nuestro espíritu el sentimiento de la paz, llevando á la conciencia la fortaleza de la fe con las esperanzas de lo eterno.

Sí. Cuando contemplamos el horrible espectáculo de esos momentos lúgubres en que la tierra se levanta y el cielo se desploma; cuando escuchamos el tremendo rugido de la tempestad que retumba y el rugido espantoso de la tierra que cruje y se estremece; en ese instante horriblemente majestuoso, dudamos asombrados si todo aquello es obra del Espíritu del Bien, que gobierna los mundos desde la más celestial de las esferas, ó del Espíritu del Mal, que envía á la Tierra las legiones desencadenadas del horror y se complace con su obra, lanzando, iluminado por el rayo desde la más negra de las nubes, una infernal indefinida carcajada, coreada por los ayes de la muerte y respondida por los acentos del abismo.

Ese supremo instante de la destrucción y la catástrofe; ese momento apocalíptico del trastorno tremendo, parece á nuestro espíritu exaltado y á nuestra fantasía perturbada el inmortal aviso de la Eternidad, que nos recuerda nuestros crímenes y nos anuncia sus venganzas. Esas catástrofes inmensas, que destruyen los mundos y que sepultan lo creado; esos trastornos gigantes, que estremecen los espacios con las tremendas convulsiones del horror... ¡quién sabe si serán, en las inescrutables leyes que nos rigen, el momento supremo de ordenar lo creado, el momento supremo de la sublime conjunción de que habrá de nacer la dicha bendecida, eterna aspiración de lo existente! ¡Quién sabe! Cuando se trata de los hondos problemas de la existencia toda; cuando se quiere penetrar en los arcanos de lo desconocido, ¡quién puede asegurar, ni imaginar tan sólo, los misterios inmensos de nuestra ley universal! ¡Quién sabe! Pero, á lo menos, consigamos, reduciendo el espíritu á una más inmediata realidad, la más grande y sublime de las glorias: ¡alzar con la Caridad lo que se destruyó con la catástrofe!

FERNANDO DE ANTÓN (1890).

Haced bien

Vosotros, los que sentís abrumada el alma bajo el peso del infortunio; que contempláis con las pupilas inmóviles vacía la cuna en que arrullábais á vuestro hijo, tibia aún por el calor de su cuerpecito de rosa y nácar; sobrellevos que el dolor posó sus negras alas con la traición de la mujer que amabais: vosotros, que visteis desaparecer para siempre las ilusiones y los ensueños creados por la imaginación en venturosos días, y trocarse en negra noche aquellas alegres alboradas resplandecientes de luz y de colores; vosotros, los que con la cabeza inclinada, macilenta la faz y el paso tardío y vacilante camináis por el mundo acercándoos al sepulcro que os aguarda, menos frío ciertamente que vuestro corazón, sin nadie que os bendiga ni á quien bendecir; para quienes acabó la felicidad en la tierra, cansados ya de perseguirla y no alcanzarla nunca; vosotros, los poderosos, que en medio de tantas grandezas tenéis por compañero inseparable al hastío cuando no á la desesperación; que contáis las horas de insomnio, sin ver resaltar entre las tinieblas del lujoso aposento ninguna imagen sonriente que os consuele de los remordimientos que os asaltan, cuando tan fácil os sería ver en torno vuestro al ángel de la felicidad cubriéndos cariñoso con sus alas, levantad la vista al cielo, y al pedirle fuerzas para sobrellevar vuestras desdichas, oiréis cómo brota del fondo de vuestra misma alma una sola frase en que se compendia la felicidad que existe realmente en la tierra: *¡Haced bien!*

JOSÉ GESTOSO.

Mosaico

LIMOSNA Y ORACIÓN

Las desgracias causadas por la inundación de Consuegra me han hecho pensar más de una vez quiénes serán más felices: si los que perdieron la vida en el torrente, ó los que la salvaron creyéndose rescatados.

De los viejos nada digo, porque no van á ninguna parte: salvo algunas, pero muy raras excepciones, cuando no estorban á la sociedad y aun á la familia, ninguna falta le hacen.

Todos les llaman impertinentes, hasta sus hijos les recuerdan sus deberes. Cuando les dejan hacer, entonces... todo lo más que se dignan concederles es un poco de cariño.

Pero no hay que divagar y consigamos lo que nos propusimos, y es demostrar quiénes creemos que son más infelices: si los que han perecido ó los que se han salvado.

Tratándose de los míos, de los viejos, dicho queda; pero de los jóvenes diré que creo más dichosos á los muertos, pues éstos se han llevado un incalculable caudal: sus ilusiones.

Á los vivos los compadezco, porque tendrán que pasar por tantas contrariedades, que exclamarán más de una vez, parodiando á un célebre poeta: *maldita edad!*

¡Una limosna para los vivos!

¡Una oración para los muertos!

RAMIRO FRANCO Y PACHECO.

Ante la inmensidad de las grandes catástrofes, sólo encuentra el hombre lenitivo practicando la Caridad.

JOSÉ PALAZUELOS.

FRATERNIDAD

Nuestros padres han perdido su vida en épicas contiendas, unos contra otros; mas olvidados los odios que engendra la lucha, si no formamos un solo pueblo porque el gran Océano nos separa, somos hermanos por creencias, idioma y civilización.

Si á la vez que aquellas nos dejásteis vuestra sangre no os llevásteis toda vuestra grandeza de alma, que tantas veces os ha hecho heróicos, y esto nos obliga á acompañaros hoy en vuestros pesares, ocasionados por los desastres de Consuegra y Almería, mientras comienzan á llegaros americanas ofrendas para ayudaros á socorrer aquellas desgracias.

GUILLERMO ORTEGA Y FRANCO (MEXICANO).

UN DESEO

Mi natural modesto es refractario á la envidia; y, sin embargo, la he sentido por no hallarme en el lugar de los héroes de la Caridad en el reciente catástrofe de Consuegra, porque de haberme encontrado en la situación de ellos, despreciando los peligros hubiera sido feliz siguiendo los impulsos de mi corazón en favor de tanto desgraciado.

MANUEL M. DE PINILLOS.
Septiembre 24, 91.

El héroe desconocido que desaparece en las grandes catástrofes va al montón, sin dejar por eso de serlo; y ya que no podemos rendirle nuestra admiración, tributémosle un cristiano recuerdo. Esto hacemos con los muertos en las inundaciones pasadas.

Si alguna vez nos hallamos en tan críticas circunstancias, y nos contamos en el número de los vivos, no olvidaremos el ejemplo que nos han dado los religiosos franciscanos y el Alcalde de Consuegra.

Para continuar su obra, necesitan de los auxilios de todos. No les faltarán, pues la humanidad no es tan egoísta como algunos quieren que lo sea.

RAMIRO JACINTO FRANCO.

La Caridad

¡Hermosa frase, madre de todas las virtudes; áncora de salvación á la que se acogen los que sufren en este mundo de penalidades y desgracias; faro de bienandanza hacia el que dirigimos el rumbo, nosotros, pobres marinos que navegamos al azar salvando unas veces los infinitos escollos que se nos interponen en nuestro derrotero y otras sumergiéndonos en las ocultas profundidades de lo desconocido para no volver á reaparecer en la superficie del camino que nos propusimos recorrer!

¡Caridad sacrosanta, yo te bendigo desde el fondo de mi alma y admiro á cuantos te practican, lamentando que no todos conozcan tu verdadero significado y no todos la realicen como debieran! La caridad es una frase que al ser pronunciada por los labios merece ser practicada con mucha frecuencia, pero sin pompa, sin ostentación, sin vanidad mundana; defectos que hoy, por desgracia, se encuentran muy arraigados y que es preciso desterrar de los corazones.

Esto es cierto, cretísimo; y si no, ved á ese infeliz mendigo, que extenuado de fatiga y retratado en su semblante todos los horrores del hambre aproximase á aquel caballero que, respirando opulencia, se hace conducir en lujosa carretela que dirigen criados ostentando aristocrática librea, ¿qué respuesta le ha dado? Ninguna; tan sólo una mirada despreciativa mereció el infeliz. Seguid al caballero y le veréis dilapidar su caudal con sus compañeros de orgías; seguid al mendigo y observaréis que va implorando la caridad de sus hermanos; pero éstos le desconocen, le repudian, le arrojan de su puerta, y si el infeliz pordiosero, acosado por la necesidad, repite ó acentúa su petición poniendo de manifiesto las privaciones que le rodean obtiene como única contestación:—Perdone, hermano, y no sea importuno; soy superior á tí, no tengo que pedir nada á nadie.—Soy un pobre,—dice el mendigo con voz ahogada por el sufrimiento.—Más lo sería yo,—responde el magnate,—si tuviera que partir mi dinero contigo.

Pero miradlo ahora; por fin ha encontrado quien se duela de sus desgracias. ¿Veis aquel señor que arrastra coche y mantiene lacayos con vistosas libreas? Acaba de bajar de su carruaje, hace un gesto de desagrado al observar el mendigo que se le acerca implorando una limosna con voz suplicante, y aguardando el momento en que todas las miradas se hallan fijas en esta escena, abre un lujoso y repleto bolso, extrae de su contenido reluciente moneda de plata y la arroja á los pies del desdichado, que la recoge ébrio de alegría, la besa con respeto y bendice la pródiga mano de su bienhechor. No la bendigas, no; no recojas esa limosna, fruto del más refinado orgullo, de la virtud más ficticia, de la caridad mundana menos aceptable. El que te la da no cree que es un acto de piedad el que ejerce, sino un capricho del lujo... no la recojas, y prosigue tu camino hasta encontrar un sér que sea digno de tí. Mas ¿qué decimos? Delirios locos los que forja nuestra imaginación; la necesidad impele al mendigo, ha cogido la limosna y parte con ella; ¿adónde? á buscar alimento, á reparar sus desmayadas fuerzas y á volar al socorro de su desgraciada esposa y cuatro pequeñuelos que, hacinados en miserable bohardilla, reciben al autor de sus días extendiendo sus flacas manecitas en demanda de un trozo de pan, mientras que la desolada esposa dirige al recién llegado miradas de penosa incertidumbre, dudando que las peticiones de sus hijos obtengan satisfactorio resultado.

¿Y es ésta la caridad? No; la caridad deja de serlo desde el momento que se niega una limosna al verdadero necesitado, ó se practica de la manera que hemos referido. El mendigo, transcurrido el primer instante de reconocimiento, siente que su corazón se le desgarró, y exclama:—¡Ah, si yo pudiera trabajar!—Y una lágrima discurre por su descarnada mejilla, lágrima que, resbalando, humedece el pan que come, el pan de la amargura.

Pero volvamos la vista: hemos seguido la órbita que recorre la caridad por el lado más triste, más desconsolador; hemos pintado un cuadro de negros matices, muy en contraposición con los sentimientos filantrópicos y de verdadera caridad cristiana: si por ventura existen algunos hombres que obren así, en cambio la mayor parte piensan de opuesta manera. Ved al virtuoso y noble sacerdote que, rodeado de pobres, reparte entre ellos á manos llenas lo que la caridad de sus fieles le confió; ved á ese otro acaudalado señor, que también arrastra coche, socorrer todas las necesidades que halla en su camino, sin humillar, sin escarnecer y sin hacer alarde de fatuidades mundanas; y ved, por último, á esa multitud de establecimientos benéficos, que al socorrer la indigencia no dejan duda alguna de la filantropía, galardón el más preciado que exorna á la generalidad de los mortales. Tres nombres resuenan en nuestros oídos con plañidero eco, que nos demuestran que la verdadera caridad existe: ¡Consuegra, Almería, Valencia!... Allí están nuestros hermanos; allí moran los que han sobrevivido á la espantosa catástrofe que sólo ha sembrado luto, desolación y ruinas por doquier; allí se albergan, en inmundos barracones construidos con los restos que la inundación respetó, millares de infelices faltos de abrigo, extenuados por la necesidad, sufriendo moral y materialmente, ora las necesidades del cuerpo ó el dolor que sembró en sus almas la pérdida de un ser querido, esperando que Dios se apiade de su inmenso infortunio ó que la mano de los hombres les tienda el anhelado socorro.

Pero la caridad es grande, la caridad es noble, la caridad tiene su más genuina representación en el pueblo español, y por lo tanto este pueblo caritativo, noble y generoso, no puede ni por un instante dejar de acudir presuroso á socorrer tan nefastas desgracias.

Consuegra lo solicita, los pueblos de Almería y Valencia unen sus clamores al primero, y nosotros, el resto de los españoles, unidos como un solo hombre, debemos volar al socorro de nuestros desgraciados hermanos.

ALVAREZ-BENAVIDES.

Los periodistas

Que società se juge par ses œuvres.
Mario Uhard.

Estoy cansado de oír hablar mal de los periodistas. Y he notado, con asombro, que aquellos que más agradecidos debían estar á la prensa periódica, son los que más la denigran y difaman.

Se habla, con verdadero encono, de algunos desventurados, malos como hombres, y malos como escritores, y en ellos únicamente se quiere encontrar la representación del periodismo.

¡Pobres periodistas!

son los jueces que siempre se encuentran á mano para toda clase de litigios, según ha dicho un escritor famoso; ellos son los caballeros andantes á quienes todo huérfano ó anciano, toda doncella ó viuda hallan siempre lanza en ristre para desfacar cualquier entuerto; ellos forman el batallón sagrado del progreso, que siempre lucha y nunca se rinde; ellos ayudan á volar en el cielo de la fama á los grandes genios, de alas de águila, permitiendo también algunas veces, por misericordia, que se eleven las medianías, de alas de vencejo; ellos coadyuvan, poderosa y constantemente, á la prosperidad de las empresas útiles, que son más tarde veneros de riqueza de los pueblos; ellos van derramando el bien con mano pródiga, y después de labrar la fortuna y la felicidad de muchos, mueren olvidados de todos.

¡Pobres periodistas! En las grandes desdichas, en las espantosas catástrofes, obra terrible de la Naturaleza, que se olvida con harta frecuencia de su papel de madre generosa, los periodistas abandonan sus hogares, corren al lugar de desolación y de peligro, marchan enterrados en lodo y entre ruinas que se desploman, respirando miasmas deletéreos, dejándose rodear de todas las tristezas y de todas las amarguras, y lanzan conmovidos el grito sublime de ¡Caridad!, que despierta los sentimientos de amor y compasión en todos los corazones.

En esos días de luto, las columnas del periódico se convierten en páginas sagradas de ardientes entusiasmos, de sublimes ternuras; y en ellas el prócer y el mendigo, el niño y el viejo rivalizan en piedad acendrada.

En esos días tristísimos, y en el crisol de la Caridad, el periódico, aunque haya sido, alguna vez, manchado por el odio ó la envidia, se purifica y redime.

La obra resulta útil.

En la caja del periódico llueve el dinero para el desdichado. Parecía que la buena obra estaba terminada.

Pero el periodista cree que debe de hacer algo más que dar de vestir al desnudo, de comer al hambriento; juzga y siente que es preciso dar amor y hogar y educación y esperanzas al desvalido huérfano.

Entonces el niño Dolores Serrano encuentra una familia generosa y tierna en la Redacción de *El Imparcial*.

Y, como dijo Mario Uhard: una sociedad se conoce por sus obras.

MANUEL CANO Y CUETO.

¡Consuegra!

No se sabe cómo ha sido;
Á explicarlo nadie acierta...
Un río que se desborda
Y entre sus aguas se lleva
Muchas casas, muchos seres,
Dejando sólo miserias....

Estaba el pueblo tranquilo,
Que ya es linda cosa, y nueva,
Porque en España no hay pueblo
Que aunque tranquilo parezca
En sus entrañas no roa
La política contienda.
El cacique con sus fueros,
El Juzgado con sus letras,
Con su poder el Alcalde
Y con sus cuotas la Hacienda,
Los pueblos son los rebaños
En donde siempre penetran
Esos lobos de levita
Que las ciudades desechan.
Obscura la noche estaba;
Del espacio las estrellas,
Ó se velaron llorosas
Presintiendo ya la horrenda
Catástrofe que venía
De lo alto de la sierra,
Ó las apagó con furia
El ángel de las tormentas,
Ese Lucifer que envidia
Los amores de la tierra.
El río se deslizaba
Como la astuta culebra,
Que aunque silba cuando huye,
Desde su escondrijo acecha
El cuerpo en que ha de enroscarse
Para matar con vileza.
La campana del silencio,
Del descanso compañera,
Resonando en los espacios
Dejó escuchar su voz hueca,
Y á velar se fué la madre
Cabe la cuna risueña
Donde el amor hizo nido
Para disipar las penas.
¡Duermes el hombre?... No se sabe;
¿Quién dice que el hombre duerma
Cuando un hijo está en la cuna
Y una madre lo contempla?...
Por eso las tempestades
Nos agobian con fiereza:
¡Las tempestades son celos
De los cielos con la tierra!...
Rugió el trueno en lontananza,
Se abrieron las nubes densas;
Agua y fuego, todo junto,
Para mayor extrañeza,
Sobre el pueblo desdichado
Se lanzan á la pelea...
Porfiada fué la lucha,
Que hay cadáveres que enseñan
Que saben perder sus vidas,
Pero no soltar su presa;
Porque una madre y un hijo
Se ligan con tanta fuerza,
Que ni el agua de los mares,
Ni el fuego de cien hogueras
Harán que aquellos dos cuerpos
Logren romper la cadena
Del cariño que los une,
Del amor que los alienta...
Tras de la noche de espanto
Vino la aurora serena,
Si alegre y con luz rosada,
Llorando sobre la tierra,
Porque dejó un paraiso
Cuando fué á alumbrar las perlas
Que en el fondo de los mares
De noche su luz reflejan,
Y hora, ¡ay tristel, sólo mira
Un cementerio de penas...
No se sabe cómo ha sido;
Á explicarlo nadie acierta...
Un río que se desborda
Y entre sus aguas se lleva
Muchas casas, muchos seres,
Dejando sólo miserias....

J. RODRÍGUEZ LA ORDEN.

La inundación

SONETOS
I
Consuegra

Pasa la negra nube: vuelve el río,
Después de su traición, al cauce usado;
Brilla en el firmamento despejado
Rojo sol, que recuerda el del estío.
¿Qué alumbra, temeroso?... ¡Hogar vacío,
Yerma campiña, pueblo derribado,
La muerte, que sus iras ha saciado,
Y hambre, y dolor, y desnudez y frío!
¡Oh, nunca el hombre la mortal grandeza
Ha igualado, en sus luchas ó pasiones,
Del mal con que le hirió naturaleza!
Mas lo puede vencer, con justos dones
De bienes á la mísera pobreza
Y de amor á los tristes corazones.

II
Los franciscanos.

Todo reposa en el convento: vela
Doliente el Cristo en el altar lejano,
Y huye las luchas del vivir mundano
El religioso que salvarse anhela.
Con la duda, tal vez, se desconsuela...
Oyese el grito del dolor humano:
Bajo el tosco sayal del franciscano
El corazón del hombre se revela.
La caridad le infunde su ardimiento,
Y el religioso cava sepulturas,
Llora y parte su pan con el hambriento;
Alivia las humanas desventuras,
Y le bendice Dios, desde su asiento,
Viéndose tan amado en sus criaturas!

III
Las heroínas
(ALMERÍA)

Contando quince y diez y seis abriles,
Casi niñas, con ánimo valiente,
Se arrojan á las aguas del torrente
Cual nereidas piadosas y gentiles.

Dando ejemplo á los pechos varoniles,
Salvan las dos á la afligida gente
Que arrolla, con estruendo, la corriente
Entre peñascos y despojos viles.
¡Corona España agradecida os mande,
Y para eternizar el beneficio
El bronce heroico su dureza ablande;
Pues disteis de ser ángeles indicio
Practicando, entre horrores, la más grande
Virtud de la mujer, el sacrificio!

IV
El rayo compasivo
(FUENTE DEL FRESNO)

La tormenta desata sus furoros:
Campos y pueblos el torrente inunda...
¡Trágica noche!... ¡Obscuridad profunda!...
«¡Luz!» exclaman los tristes moradores.
Respondiendo, quizás, á sus clamores,
Lanza el rayo la nube tremebunda,
Arde un molino... el fuego lo circunda...
¡Bien hay en sus siniestros resplandores!
Ve el peligro, alumbrado de esta suerte,
La multitud que por vivir se alana;
Enjutas sendas á su luz advierte.
Y ásperas cumbres de los montes gana...
¡Que hasta el rayo, ministro de la muerte,
Tuvo piedad de la aflicción humana!

JOSÉ DE VELILLA.

La imprevisión

Las grandes calamidades que han afligido á nuestro País son, contadas muy raras excepciones, los resultados de nuestra propia obra.

Buscad en la imprevisión de unos y en la maldad de otros el germen de nuestras desdichas, y dad por seguro que allí encontraréis el origen de las causas destructoras.

Todos cooperamos en la labor de nuestras desgracias, unos con lo que hacen, otros con lo que dejan de hacer; y tan ordenadamente se sucede el desorden, que parecemos atacados de tirana neurosis, enfermos incurables, buscando la ruina, la adversidad y la desgracia, como empujados atropelladamente por enemiga fatalidad.

Cuando nuestra imprevisión ó el fatalismo que dejó en nuestra sangre la dominación árabe nos lleva al límite de un quebranto, una disculpa unánime embarga nuestro pensamiento y asoma á nuestros labios. Hablamos mal del Gobierno.

¡No aprenderemos nunca!

La mano que borró del mapa de España el 11 de Septiembre la fundación del capitán griego Casaburano, la ciudad que custodió por encargo de los reyes godos el padre de la Cava, ha sido la misma mano destructora de la imprevisión, que elevó en Valencia las aguas del Júcar y el Turia, las del Segura en Murcia, las del Guadalquivir en Sevilla, las del Tajo en Toledo, las del Ebro en Tortosa, y las del Amarguillo en Consuegra.

¡Historia triste y de profundas enseñanzas la de nuestras inundaciones! ¡Y qué enseñanzas tan mal aprovechadas!

Pasado el torrente asolador, enterrados los muertos y auxiliados los vivos con el inagotable sentimiento de caridad de esta noble Nación, déjense correr los tiempos bonancibles, y en previsión de las nuevas catástrofes con que nos amenaza el porvenir, nada se hace; olvidase, con el ajuar nuevo que entregó la caridad, nuestro especial sistema hidrográfico, que permite correr las aguas por estrechos y poco profundos cauces; olvidanse las condiciones topográficas de nuestro País, y nuestra orografía, que irregulariza las lluvias, y nuestra situación geográfica, que nos pone al paso de las invasiones ciclónicas. Lo accidentado de nuestro suelo, que sirve para dar mayor velocidad á las corrientes; la falta de arbolado, y mil causas geográficas y meteorológicas, grandes y pequeñas, remediadas muchas, aun cuando no todas, producen en nuestra España accidentes más frecuentes que en otras naciones; pero de ellos nos veríamos libres si, más prudentes, acudiéramos á prevenirlos con la ciencia, con el poder de nuestros Gobiernos y con el inagotable tesoro de dádivas que arroja en nuestras manos la Caridad.

Descompone el ronco bramido del trueno, ha dicho un poeta, y con sus ecos arrullaréis mansamente el sueño de un niño. Pues bien; descompone los aluviones en diminutas corrientes, y no tendremos que lamentar la desolación y la ruina que producen los rambazos.

Fiemos más en nuestro propio esfuerzo que en el ajeno impulso; com-

batamos sin descanso la fatalista imprevisión que enerva nuestro espíritu, como la más cruel de todas las calamidades, y no esperemos nuestro bienestar de la reparadora munificencia de nuestros hermanos.

Si todas las cantidades invertidas en socorrer calamidades como las que hoy nos afligen las tuviéramos juntas con las que, dedicadas á igual fin por la caridad oficial y particular, se han evaporado, tendríamos suficiente para modificar algunos de esos ríos destructores, que constantemente nos amenazan, sin que nuestro natural indolente y fatalista nos permita conocer el peligro hasta que en él perecemos.

Cierto es que sin la inmensidad de las desgracias que periódicamente afligen á nuestro pueblo permanecería ignorada su grandeza de sentimientos; y como no hay mal que por bien no venga, los grandes horrores que produce la Naturaleza tienen su lenitivo en la majestuosa explosión del sentimiento de caridad que anima á nuestro glorioso pueblo, tan grande en la desgracia como indolente en la fortuna, y del que no sé qué es de adelfia la adversidad, ó el amor y perseverante solicitud con que remedia las desventuras de sus hermanos.

JUAN PÉREZ GIRONÉS.

Festín de Caridad....

Así puede titularse la fiesta ó convite que el viernes en la noche dió en el Hotel de París su dueño el acreditado fondista Sr. D. Julio Meazza.

Por tratarse de un hecho verdaderamente original y plausible, no queremos cerrar este número sin hablar de él, concediéndole toda la importancia real que tiene, viniendo á ser un acto tan significativo, que se destaca graciosamente entre todos los que la caridad española ha puesto en juego para recolectar una limosna para los inundados.

Ante todo conviene hacer una historia, si quiera sea someramente, de la persona que lo ha llevado á cabo.

El Sr. D. Julio Meazza es bastante conocido en Sevilla por su afable trato, su desprendimiento y simpatías. De nacionalidad italiana, puede considerarse, sin embargo, como español, pues lleva más de treinta años en nuestra Patria y es ferviente admirador de nuestras costumbres, á las que tiene un culto reveroso.

Ligado á nuestra Nación por los lazos del cariño y el agradecimiento, en ella ha encontrado siempre el justo premio á sus aptitudes; pero en particular, en donde verdaderamente se le quiere y estima es en Sevilla.

Queriendo el Sr. Meazza dar expansión á sus nobles sentimientos, y patentizar los lazos de cariño que le unen á nuestra Nación, la que juzga como propia, tomando parte en sus alegrías y en sus desventuras, en presencia de las recientes catástrofes ocurridas ideó un medio sencillo, pero original hasta lo sumo, para hacer que su donativo para los inundados produjera beneficios positivos.

Alefecto hizo un convite especial para sesenta personas, anunciando de antemano que el tipo por cubierto á su mesa era el de veinte reales, cuya cantidad, después de recogida, ingresaría en el fondo común á beneficio de los inundados. De presumir era que la cantidad señalada por el acreditado y filantrópico fondista fuese la mínima que se admitiría en la batea petitoria, que la máxima estaría á voluntad de los donantes.

Dicho y hecho: el festín de caridad resultó un festín regio, porque el Sr. Meazza se había propuesto demostrar toda su inteligencia en la culinaria para indicar á los comensales con delicadeza extrema que aquel banquete valía mucho más de la cantidad estipulada para su precio. El éxito coronó sus propósitos; la cantidad recogida ascendió á 789'50 pesetas.

Hay que añadir á esta suma la recolectada entre toda la dependencia del Hotel y la equivalente á un día de haber de cada huésped, importante 206'50 pesetas.

Para finalizar el acto, un rasgo generoso propio de los nobles hijos de este país aumentó con 48 pesetas más la cuantificación.

Á los camareros, que se habían negado seriamente á recoger la propina que es costumbre dar en estos banquetes, se les hizo tomar poco menos que á la fuerza esta última cantidad, que, apenas recibida, fué volcada en la bandeja petitoria á despecho de todos los concurrentes, los cuales, en el colmo del mayor entusiasmo, aplaudieron tan noble acción.

La cantidad total recaudada, importante mil cuarenta y cuatro pesetas, pasaron á depositarla en manos del Sr. Gobernador los Sres. Meazza, Monti, Liaño, Ruiz Martínez y Montes Sierra.

EL BALUARTE, haciendo coro á todas las personas caritativas que del hecho se han ocupado, da el más cariñoso y entusiasta parabién al propietario del Hotel de París, D. Julio Meazza, dedicándole estos renglones desaliñados, pero llenos de buena fe, por su generoso desprendimiento á favor de los que sufren.

Siempre habíamos oído decir que el fondista tenía la piel de lobo; pero el dueño del Hotel de París nos ha venido á probar con su gran corazón, que también los hay con piel de cordero.

EL BALUARTE.

Imp. de GIRONÉS Y ORDUÑA, Lagar 3.